

Maremágnum

(Balada para tres voces)

Juan Antonio Lascuráin Sánchez

Universidad Autónoma de Madrid

Maremágnum

(Balada para tres voces)¹

Juan Antonio Lascurain Sánchez

“Habría que inventar la bofetada dulce, el puntapié de abejas. Pero en este mundo las síntesis últimas están por descubrirse”

Rayuela
Julio Cortázar²

I.

...pues no nos dicen esos manes que no podemos pasar a la disco, que es de blanquitos, que no es cosa de plata, que somos harto y que vamos pedo, pedo dijeron, qué estúpida expresión dicen acá, que llevamos tenis, qué quieren si es fiesta entre panas, ¿que nos pongamos los ternitos de boda?, ¿que vayamos tristes con su misma cara de gorilones?, se creen muy muy pero van amargados, gorilones por veinte euros la noche, déjennos festejar, que cumple años nuestro Víctor Hugo, se lo prometimos, que sería en una disco de pelucones, “pedo” dice usted, cómo no estarlo, las familias lejos, trabajando todita la semana en el ladrillo, hoy toca un poco de joda, sin problemas, no queremos problemas, solo joda, solo tomar y reír, y mirar las pompas a las hembritas, solo mirar, “sin malos rollos”, como dicen acá...

...no nos falten, que somos hijos de Dios, solo pagar y pasar, y festejar, pedo dice, no nos empujen, no nos boten como basura, dije lo de gorilones porque andamos alegres, no para ofender, no me empuje, no golpee, no empuje, huevón, suco de mierda, tengo plata y pago y paso, como todos, tenemos nuestros derechos, deje de empujar hideputa, como me golpee de nuevo lo mato, gorilón, por mis tres hijitos, hideputa, lo mato, me mata o lo mato...

¹ Los hechos a los que se refiere este relato fueron objeto del proceso penal que finalizó con la Sentencia de la Sala Segunda del Tribunal Supremo 529/2005, de 27 de abril.

² Este cuento puede también leerse empezando por el capítulo tercero y finalizando por el primero.

II.

– Sí. Discutimos en la entrada del local. Eran seis o siete. Querían entrar, pero no les dejamos. Iban muy bebidos y su indumentaria no era adecuada.

– ¿Qué significa que “no era adecuada”?

– Llevaban zapatillas de deporte.

– ¿No es más cierto que se les impidió el acceso porque eran de nacionalidad ecuatoriana?

– No, señora fiscal. Me insultaron. Me llamaron “gorila” e “hijo de puta”. Con perdón... Uno de ellos. El que se ahogó luego.

– Y por eso les persiguieron después...

– No. Porque ese nos tiró una lata.

– ¿Una lata de bebida?

– Sí.

– ¿Vacía?

– Eh... Sí.

– ¿Impactó en usted o en alguno de sus compañeros?

– No. Pasó cerca. A la altura de mi brazo.

– Una lata como esta que le muestro ahora.

– Eh... Sí, más o menos. De otra marca...

– Y eso fue lo que provocó que usted y sus dos compañeros persiguieran al grupo.

– Sí. Somos trabajadores de seguridad y no podemos permitir ciertas cosas.

– ¿Dio usted alcance a la víctima?

– Yo no. Mis dos compañeros. A unos doscientos metros. El tipo tropezó y cayó al suelo. Ya le he dicho que estaba muy bebido. Los demás de su grupo siguieron corriendo.

– ¿Es cierto que sus compañeros golpearon repetidamente a la víctima antes de usted llegar hasta ellos?

– Pregúnteselo a ellos. No soy un chivato.

– No se preocupe que lo haré. Pero ya me ha dicho usted bastante...

(– *Protesto, señoría. La fiscal introduce conclusiones capciosas.*

– *Aceptada. Señora fiscal, límitese a preguntar. Ya habrá tiempo para conclusiones.*)

– Continúo con su venia, señoría. ¿Qué hizo usted cuando llegó al lugar donde estaban sus dos compañeros con la víctima?

– ...

– No mire a su letrado. Míreme a mí, por favor, que soy quien está preguntándole. Ya sabe que puede no contestarme.

– Pensé que la mejor manera de zanjar el tema era darle un chapuzón. Se le pasaría la borrachera y nos dejaría en paz. Así que le cogí por detrás, por las axilas, y lo llevé al muelle.

– Algunos testigos han afirmado que sus dos compañeros seguían golpeando a la víctima.

- Ya le he dicho que no hablo de mis compañeros.
- ¿Cómo pudo trasladarle tan fácilmente?
- Eran sólo unos veinte metros y pesaba poco. Y ya ve cómo soy yo...
- Según la autopsia la víctima medía un metro y cincuenta y dos centímetros y pesaba cincuenta kilos. (Guarda en su cartera los papeles que blandía.)Y le tiró usted al agua...
- Sí.
- Sabiendo que se ahogaría...
- Pensé que nadaría.
- Ebrio, frágil, severamente golpeado, con ropa de invierno y en un agua cuya temperatura era de diez grados. Ni siquiera se planteó que supiera nadar.
- Supuse que sí, que se las apañaría. Todo el mundo sabe nadar. Eran unos metros hasta la escalera.
- Una testigo del hecho se lo preguntó a usted unos segundos después de que arrojara a la víctima al agua. ¿Recuerda qué le contestó?
- No recuerdo nada de eso.
- Leo: “Si una rata sabe correr, también sabrá nadar. Y si no, que se ahogue”. ¿Dijo usted esas palabras?
- No.
- Tampoco se planteó después asomarse al agua para ver si la víctima estaba a salvo.
- No. Supuse que estaba bien. Que había nadado hasta la escalera.
- Quizás le daba igual...

(– *Protesto de nuevo, señoría.*

– *Aceptada. Señora fiscal, no haga inferencias fácticas. Pregúntelas, si lo desea.)*

– Disculpe, señoría. Permítame leer la siguiente afirmación de una agente de la policía portuaria, minutos después del suceso: “El vigilante me dijo: ‘yo por un sudaca de mierda no me tiro al agua y mojo mi móvil’”.

III.

Qué bestias. Un porrazo en la cabeza, una patada en la entrepierna, otra patada en la cabeza. Hasta siete golpes mientras estaba en el suelo. Rotos los huesos de la nariz. Y todavía un puñetazo en la nuca cuando le llevaban en volandas al muelle.

Pobre hombre. Dice el expediente que vivía aquí con su madre. Qué raro. Y qué entrañable. Su mujer y sus tres hijos en Ecuador, en un pueblo. Tengo aquí los nombres y las edades. Cinco, cuatro y dos. Mala cosa si me pongo tierno, que a los jueces nos pagan por no emocionarnos...

Con este maldito juicio llevo toda la semana llegando a casa a las mil. Justo cuando me toca Alba. Ni cuento, ni beso, ni buenas noches, ni nada.

Los hechos están bastante claros, que no es poco, pero la calificación es un marrón. Tengo que pensar bien si puedo empapelar a los tres como coautores. Al fin y al cabo actuaron como un equipo que iba aceptando lo que a cada uno se le ocurría. Una siniestra banda de jazz. La paliza fue cosa de dos, pero el que le tiró al agua fue el tercero y los tres iban en comandita al muelle. Tengo que darle otra vuelta. Si le veo pegas les casco a los acompañantes una autoría por omisión. El abogado y el fiscal no han dicho ni pío, pero su posición de garantía me parece de cajón. Por actuar peligroso precedente, por injerencia (que nunca sé si poner con g o con j). Son ellos los que le pegan la paliza que le tuvo que acabar de ahogar. Y luego no mueven ni un dedo. O si lo mueven es para pegarle de nuevo, para acompañar al otro, para acabar de hundirle... A ver qué dicen mis compañeros, pero los veo con ganas de cargar la mano. Seguro que quieren la agravante de racismo.

No me extraña que Alba diga que quiere vivir con su madre. Que le parece un lío lo de estar una semana con cada uno. A ver qué dice Nuria. Espero que me apoye en esto. Sin la niña, me muero.

Me preocupa casi más lo del dolo. Sin tecnicismos: ¿lo mató, lo mataron, queriendo? No sé hasta qué punto sabían que iba a morir. Por lo visto habían tirado a gente al mar otras veces y no había pasado nada. No sé muy bien en qué circunstancias. El abogado del grandote ha estado flojillo preguntando. Pesadísimo con que fuéramos todos al muelle a recrear la escena, pero entre protesta y protesta nos deja sin saber si habían tirado a otros, en qué condiciones, por qué ninguno de los que andaba por allí intentó salvarlo. Nadie. Manda huevos. Y vaya cuajo el de la fiscalía, que llama a los testigos como testigos y a ninguno como imputado. ¿Por qué no se indagó si hubo alguna omisión de socorro, por mucho que hiciera frío y fuera de noche? La bestialidad de los vigilantes debió cegar a la fiscal. En todo caso, el jurado me ha puesto una autopista: hecho probado que el grandote conocía la altísima probabilidad de que Luis Fernando muriera. "Altísima probabilidad". Así se lo pregunté en el cuestionario.

Joé. Tengo que desliarme un poco y pasar más tiempo con la niña. La voy a perder.

Asfixia por sumersión. Sin esta frialdad los forenses no podrían hacer su trabajo. Bendita frialdad. La que me falta a mí ahora. Y es la que se me pide. A ver si terminan los alegatos y logro reconciliarme, que se me vaya de la cabeza ese chapoteo agónico, ese hombrecito ahogado en alcohol, ropas y sangre. Agarrándose hasta el final a esos tres niños en su cabeza. Inmensos los diez metros de mar hasta la escalera.

Maremágnun. Vaya mierda de nombre para una discoteca.³

³ Primer premio del XXIV Concurso de Cuento de la Universidad Autónoma de Madrid. Publicado en *Maremágnun y otros cuentos*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2016, pp. 9 ss.